

al que estaba dando los últimos retoques. Dios sólo sabe lo que lo he sentido.

Por considerar de interés la opinión que le merece al conocido finalista la crítica, le abordamos en este sentido y responde:

—De la crítica no puedo opinar. A mí todavía no me ha criticado nadie. Bueno, algo sí puedo decir. El crítico se encuentra con un montón de libros... y de compromisos. Y con muy poco tiempo. Y para criticar una obra es preciso dedicarle tiempo. La crítica, por otra parte, no es diaria, como máximo, semanal. Muchos se tienen que quedar, por fuerza, en la oscuridad. A los futbolistas los critican todos los días. No saben la suerte que tienen.

—¿Sus proyectos?

—¿Qué cuales son mis proyectos? Sé que usted lo adivina. Escribir y hacerlo con honradez. Dios quiera que pueda. Y luego seguir escribiendo. Y después, escribir más todavía. Y al final, poder quedar tranquilo y no avergonzarme de nada de lo que haya escrito.

Aquí queda cuanto nos ha expuesto Víctor Chamorro, novelista de cuerpo entero, novelista de raza con latidos de juventud.

VALERIANO GUTIERREZ MACIAS

Editada por los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres, acaba de aparecer la obra:

«Siete ensayos sobre el Romanicismo español»

por PEDRO ROMERO MENDOZA

Premio Cartagena de la R. Academia Española

TOMO II

Anotada e ilustrada

Pedidos al autor: Queipo de Llano, 23. Navalmoral de la Mata. (Cáceres)

a Servicios Culturales o a la Revista «ALCÁNTARA»

Fruta prohibida

El sauce de tu fuente
al paso me tendió las tiernas ramas
y, al rozarme la frente,
el verde de sus llamas
removió primaveras en mis canas.

Yo llevaba la herida
mal curada de amor en el costado
pero estaba dormida
y el corazón, callado,
me iba dejando libre de cuidado.

Mi andadura era lenta
y sin fuego de sol en mediodía;
una luz cenicienta,
algodonosa y fría,
me empapaba de gris melancolía.

La caricia suave
de tu mirada nueva me cantaba;
el rumbo de mi nave
se me desgovernaba
y en viento de sirenas navegaba.

Y me brotó el venero
de la palabra al verso bien nacido
y el abril de mi enero,
de gozo estremecido,
en yemas reventaba florecido.

Con apretada prisa
la sangre aceleraba el loco impulso
y a tu abierta sonrisa
se arritmaba mi pulso
con un dulce latir de vino mulso.

Se me escapó la mano
tras la fruta en agraz, que me brindaba
todo el sabor lozano

que en tus labios cantaba
el olvidado son que yo soñaba.

Te rocé la mejilla
con las antiguas yemas de mis dedos
y acaricié la orilla
de tus labios, tan quedos,
tan dulces de besar, limpios, tan ledos...

Los resbalé muy leve
por tus sienes de pétalos, bruñidas
con albores de nieve
y, finas y escondidas,
de venillas azules traslucidas.

Y te alzaba, de hinojos
el corazón, a mí, dulce y callada
cuando me ví en tus ojos
con el ala tronchada
y la frente, de surcos tan arada.

Entendí mi pecado,
se aflojaron mis brazos malheridos
y resigné, callado,
los instintos torcidos
del mal que me cantaba en los oídos.

Abrí al aire la reja
—amanecía Dios en la ventana—
ahugué adentro una queja
y te dejé en la rama
intacta la color, pura y lozana.

JOSÉ CANAL

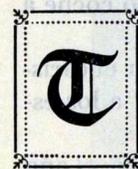


EL CORPUS ESPAÑOL

Ardiente devoción eucarística de los Reyes Españoles

La Reina Católica, en las procesiones del «Corpus de Sevilla y Zaragoza»
Gastad, gastad como locos en honor del Señor (Reyes Católicos)

POR MARCELINO GONZÁLEZ-HABA



AL vez sea, la devoción al Sacramento del Amor y a la Virgen pura y bella, la nota, más destacada, en el orden religioso, de los Monarcas españoles. Así, que en estos tiempos que tanto se estudia la forma de gobierno monárquico, será oportuno recordar estas virtudes que atesoraban nuestros Reyes.

Y es que la vieja España, mística y guerrera, la de los fueros y libertades, la de la conquista y civilización de América; la España de los Reyes Católicos, de Carlos V y Felipe II, es un maravilloso canto al Misterio de la Eucaristía y una plegaria de amor a la Virgen Inmaculada.

Ya advertía el cronista sevillano Zúñiga, que el «Corpus Christi» y la Purísima Concepción, eran las niñas de los ojos de la gentil Ciudad del Betis. Pero lo cierto es, que lo eran de toda la vastedad del Imperio español, cuando España era universo y andaba ocupada en conquistas evangelizadoras.

Desde que el Pontífice, Urbano IV, ordenó, que, todos los años en el jueves siguiente a la octava de Pentecostés, se celebrase la fiesta del Santísimo Sacramento, «Allende de la ordinaria de cada día» el «Corpus» en España, fue, como la expresión, casera y militante, del catolicismo nacional: Soberanos y pueblo sentían la presencia real de su Dios, en el más divino Sacramento, cuando lo veían en las calles y plazas, volcaban sus corazones en incendios inflamados de piedad y alborozo. De este modo, tanto en las procesiones del «Corpus», como en los Autos Sacramentales, tomaban parte, del rey al último vasallo.

Por feliz circunstancia, coincidió la fundación de esta fiesta triunfal con el reinado de Alfonso el Sabio, que había heredado de su padre